

TODOS, UNO

por Francisco-Manuel Nácher

En los niveles superiores hay un pacto de amor y de ayuda entre el cordero y el lobo, que se traduce, en el plano físico, en el sacrificio de aquél en beneficio de éste. No supone, pues, ese sacrificio, ningún fallo en el plan divino, sino la confirmación de que todos formamos un solo Uno y, por tanto, todos nos ayudamos en la evolución.

En todos los colectivos, los menos, los líderes, se sacrifican por los más, abriendo senderos que luego transitarán todos. Pero esos líderes, sin la ayuda de quienes les precedieron y les proporcionaron ideas y sistemas y medios, sin el sacrificio, pues, de sus antecesores, no serían líderes ni abrirían nuevas veredas ni construirían nuevos escalones para todos, en el sendero ascendente de la evolución común.

Esos pactos en los planos espirituales, se traducen luego, aquí, en la familia que se sacrifica por los hijos; o en el héroe que, en el campo de batalla, arriesga e incluso pierde la vida para salvar la del compañero; o en el cobijo o la ayuda de cualquier clase en tiempos de persecución; o en el maestro sacrificado que dedica toda su energía a enseñar a sus discípulos, por encima incluso de sus posibilidades; o en cualquiera de los mil modos que existen de ayudar a los demás.

Esos pactos, no recordados aquí, pero que siguen vigentes en nuestra alma, nos hacen tender a determinadas actuaciones, aspirar a determinadas posturas, y nos crean ese vacío interior tan doloroso cuando fallamos y dejamos pasar una ocasión. Ésa es la causa de la desazón que nos acomete cuando dejamos de dar una limosna que nuestro corazón nos inclinaba a dar, o de decir una palabra amable o de mostrar simpatía o amor o compasión o, incluso, sentido de responsabilidad. O de pedir disculpas a tiempo...

Hemos de aprender a mirar, con los ojos del alma, por encima de los sentidos. Sólo así descubriremos el mecanismo y el sentido de la vida y ésta nos parecerá algo maravilloso, perfecto, acabado y armónico. Podría pensarse que Judas tenía un pacto anterior con Jesús para entregarlo en el momento oportuno. Fijémonos sino en las palabras del propio Cristo en Juan 17:12-13: “...Padre... Tú me los confiaste, yo los tuve seguros y ninguno se perdió, excepto el que tenía que perderse para que se

cumpliera la Escritura” Luego, sin embargo, una vez cumplida su “misión”, se equivocó al ahorcarse, por haber olvidado aquel pacto y haber contemplado su acción con los ojos terrenales.

* * *